

La herencia de Koldo Mitxelena

JOSÉ M.^a SÁNCHEZ CARRIÓN

(Siadeco)

A camel is stronger than a man, an elephant is larger, a lion has greater valour, cattle can eat more than a man, birds are more virile. Man was made for the purpose of learning.

El-Ghazali.

I

Creo que el peor homenaje que se le puede rendir a un sabio heterodoxo es el de embalsamar sus hallazgos, sus respuestas, sus aportaciones e, incluso, sus dudas y sus preguntas en un cuerpo de doctrina de obligada consumición para la posteridad de aspirantes a alguno de los puestos que su ingente talento y generosidad contribuyó a crear.

Puesto que he decidido unirme a tan merecido homenaje¹ reflexionando sobre su aportación, trataré de evitar este riesgo. La figura de Koldo Mitxelena me merece el suficiente respeto como para dejar de practicar precisamente con él la lección que más le debo: la de la independencia de juicio. Por otro lado, me encuentro lo suficientemente alejado del escalafón oficial y de la ortodoxia académica para que, a estas alturas, el principio de autoridad me tiente más que la autoridad de este principio. Ni qué decir tiene que estas reflexiones marginales en torno a una personalidad central de la cultura y la lengua vasca de hoy y de siempre nacen con plena conciencia de su provisionalidad, limitación y subjetividad. Necesitaría yo más información, sosiego y medios de los que ahora mismo dispongo para superar estas restricciones. Y creo que necesitamos todos más tiempo del que ha transcurrido desde su ausencia física para calibrar en su justa medida la obra de este hombre, porque necesitamos aún distancia y perspectiva y, sobre todo, entendernos más a nosotros mismos para entender en justa proporción el legado que él nos dejó.

Mucho se ha hablado de "la herencia de Mitxelena"² en una sociedad que, sintiéndose huérfana del sólido prestigio que su sola presencia infundaba, anda desconcerta-

(1) No es sino tras hamletianas dudas y tras el reencuentro con esta Euskadi "light" de los 90 que me decido a dar a la luz un artículo que considero aún prematuro, con la intención de sacar del tabú un debate que pertenece a la memoria colectiva y en el que, entre otras cosas de menor monto lo que está en juego es una auto-interpretación como pueblo. Agradezco a mi amigo el profesor Joseba Lakarra las facilidades dadas para la inclusión del presente trabajo en este homenaje a Mitxelena.

(2) Desde planteamientos muy distintos, que —sin solaparse— van desde la cuasi hagiografía hasta una evocación no exenta de amargura.

da en busca del autor que la dirija en medio del caótico escenario social e intelectual de este final del siglo. La constatación de que "tardará mucho en nacer, si es que nace"³ un euskaldun dotado de capacidades tan diversas puede, por otro lado, conducir a una sociedad en la que el "culto a los muertos" predomina aún mucho más que el respeto y la solidaridad entre los vivos a una actividad desasosegante: el abatimiento de pensar que debemos sobrevivir en el futuro a una orfandad existencial en la que "lo mejor es lo que ya ha terminado". A esto se une el que el sistema de valores imperante, caracterizado por su enorme inversión⁴, produce un desenfoque sistemático sobre cuál es la naturaleza de la herencia que deja un intelectual de su talla.

Así que, movido por un propósito de utilidad y clarificación, trataré de encontrar respuesta a las siguientes preguntas: 1.- ¿Cuál es exactamente la herencia que nos ha dejado Mitxelena? 2.- ¿Cómo puede una sociedad pagar la deuda que contrae con las personas de valor surgidas en su seno: es suficiente el homenaje público a su memoria? 3.- ¿Quiénes son los herederos de su obra?

Las tres preguntas tienen, a mi entender, respuestas simples. Aun así me obligarán a explicaciones colaterales. Pero empezaré a responderlas desde su simplicidad: 1.- La herencia que deja Mitxelena es una responsabilidad con respecto a aquello que guió sus esfuerzos: la supervivencia de Euskal-Herria como pueblo y del euskera como idioma. 3.- Sus herederos son todos aquellos que hayan aprendido de él algo que contribuya a hacer frente a esta responsabilidad. 2.- El mejor modo de rendir homenaje a su obra es entenderla y continuarla, lo que exige saber qué es lo que consolida y lo que aporta. Y reconocer lo que deja por solventar, ya que esta obra (de la que el propio autor es sólo un eslabón en la larga cadena de los siglos (*katea ez da etengo*)⁵ estará inconclusa en tanto esa supervivencia no esté garantizada.

Se objetará con razón que cómo se puede garantizar en términos absolutos la supervivencia de un idioma en un futuro que, por definición, nunca podremos controlar. Y la objeción es perfectamente válida y perfectamente cierta, porque la supervivencia de un idioma nunca se garantiza en el futuro, sino en el presente cuando una generación —que en ese momento es motriz del proceso— ha garantizado su transmisión perfecta y completa a las generaciones vivas más jóvenes involucradas en el aprendizaje social (infantes, niños, adolescentes y jóvenes).

Esto me lleva a la primera explicación colateral. El que nosotros estemos ahora lamentando la muerte de Mitxelena no es una prueba irrefutable de nuestra inmortalidad. Como el que estemos aquí todavía no quiere en modo alguno decir que, más tarde o más temprano, no tengamos también nosotros que movernos "más allá". Desde

(3) El entrecorillado es una paráfrasis del "Llanto por la muerte de Ignacio Sanchez Mejías", de Federico García Lorca.

(4) En el sentido keppiano, esto es: "The process through which a person sees good in that which is evil and evil in that which is good, that is, believing that fantasy gives rise to accomplishment and that reality causes suffering, seeing laziness as pleasurable and work as sacrifice; considering God restrictive or punishing, and the devil as liberating and the granter of pleasure; thinking that love brings suffering and that pure reason leads to equilibrium; believing that social power signifies happiness and that service to humanity implies sacrifice and inferiority" (*Work and Capital*, Prouton, 1989). Hemos desarrollado este tema en "Los espacios de la desigualdad: patología social y conciencia lingüística", *Encuentros de Lengua y Educación*. (Eibar 1989), Servicio editorial de la Universidad del País Vasco, 1990.

(5) Cf. P. Altuna, (ed.), *Mitxelena-ren Idazlan Hautatuak*, Etor, Bilbo, 1972.

la perspectiva de los siglos su "span of life"⁶ sobre el planeta y el nuestro difiere muy poco en el momento de entrada y de salida en el escenario. Pero tanto él como nosotros hemos venido aquí para defender, conservar e incrementar lo que si tiene el derecho de ser inmortal (y de lo cual somos parte) que es la Vida. Y la vida ocurre siempre en el AHORA.

Esto viene a colación porque esta civilización, gobernada por el materialismo intelectual más pedestre, ha acabado dando a la muerte un carácter totalmente insano y al hacerlo, como escribió Barry Long.

La muerte, anteriormente el más natural de los sucesos, es ahora el más aterrador, el miedo de morir y de perder el cuerpo, el último vínculo formal aparente con aquello de lo que procedemos se ha vuelto obsesivo⁷.

Es para escapar de esta obsesión que el hombre occidental ha inventado la esperanza del futuro. En decir, sustituye la acción re-vitalizadora (generadora de vida, en armonía con la vida) del ahora por la esperanza en "lo que vendrá" que es, por definición, lo que nunca está aquí. De modo que:

En lugar de vivir naturalmente en el hoy el hombre comenzó a vivir antinaturalmente para el mañana. Lo que significaba proyectarse emocionalmente en el futuro, es decir, más allá de sus sentidos y del mundo formal y dentro de la imaginación⁸.

La consecuencia es la extirpación del presente, del ahora, del horizonte de nuestra vida (y por tanto, y puesto que la vida siempre ocurre *ahora*, de nuestra des-vitalización). Toda sincronía deviene diacronía. Convertimos el presente en una transición mecanicista hacia el futuro en que reproducimos las limitaciones de nuestro pasado. Esta fuga del ahora tiene consecuencias en todos los planos de nuestra existencia. En las ciencias humanísticas, en la pesada carga del historicismo que ve todo fenómeno actual como simple reflejo de unas causas pasadas (es por poner un ejemplo simple, cuando enseñamos literatura en nuestras escuelas y Universidades sólo enseñamos historia literaria)⁹. En la educación es la supresión del elemento creativo —que sólo sucede en el ahora— y su sustitución por la repetición mimética de lo ya producido anteriormente (por alguien que, en su día, debió desembarazarse de los dogmas del pasado y actuar en el presente). En política es el desplazamiento de la acción regeneradora en el ahora por la culpabilización al pasado o los programas salfficos y redentores del futuro ("a largo plazo") que se supone lograrán hacer luego lo que implícitamente se reconoce imposible ahora: HACER. En política lingüística son las estrategias

(6) Período de vida.

(7) *The Origins of the Man & the Universe*: "The myth that came to life", 6. Routledge and Kegan Paul, London, Boston, Melbourne & Henley, 1984.

(8) *Ibidem*

(9) La filosofía se convierte en historia de la filosofía, la psicología en historia de la psicología, la sociología en historia de las teorías sociales, etc. El desenfoque es tan brutal que afecta a disciplinas recientes como la sociolingüística que o bien, es admitida en el redil académico con la condición de acoplarse a los cánones historicistas (explicar la historia de la sociolingüística) o lleva a determinados sociolingüistas tenidos por "extraparlamentarios" a descalificar un enfoque sincrónico (como el nuestro, que expone pura, simple y llanamente las leyes de vida, reproducción y muerte y minorización de las lenguas, grupos lingüísticos e identidades lingüísticas individuales) por la simple razón de escapar (completando mal que les pese) a un erudiccionismo historicista (lo que en otro lugar hemos denominado la suplantación de una argumentación por una bibliografía).

a "corto, medio y largo plazo" para normalizar lenguas que sucumben por déficits actuales y lentitud de reflejos de sus hablantes hacia los cambios operantes *ya*. En fin, en nuestros homenajes es la fosilización de lo que toda persona que ha estado viva entre nosotros ha dejado vivo para que nosotros lo estudiemos, lo interioricemos y renovemos: su obra. Es por nuestra angustia a la muerte y nuestra ignorancia radical sobre la realidad de la vida que tendemos a inmovilizar algo que si es real —si defiende la vida— queda siempre vivo y abierto para la posteridad. Pues cuando el autor ya se ha marchado, la coherencia de esa obra queda siempre por encima (curando, sobreviviendo y anulando) las incoherencias que el autor, por su tensión de ser en el tiempo, inevitablemente cometió. Es esto, probablemente, lo que Richard Bach quería comunicar cuando escribió que:

Aquí está el test para encontrar si tu misión sobre la tierra ha terminado. Si estás vivo, es que no terminó aún¹⁰.

Es desde este espíritu desde el que me gustaría hoy acercarme a la obra de Mitxelena. Si él vivió su vida con sentido, vivió para aumentar el sentido de la vida. Es ese sentido el que corresponde buscar e incrementar, cultivando la inteligencia, el sentimiento y la voluntad para hacer frente a las preguntas vivas que no serán nunca exactamente las que él debió responder, pero que tal vez nunca habrían sido posibles sin sus preguntas previas.

II

La pregunta a responder ahora es ¿por qué y en qué es importante la obra de Koldo Mitxelena?

George Bateson ha escrito que:

En la teoría de la historia, la filosofía marxista, siguiendo a Tolstoi, insiste en que los grandes hombres que han sido el núcleo histórico de profundos inventos o cambios sociales son, en cierto sentido, irrelevantes a los cambios que precipitaron. Se argumenta, por ejemplo, que en 1859 el mundo occidental estaba ya preparado y maduro —quizás en exceso— para crear y recibir una teoría de la evolución que pudiera reflejar y justificar la ética de la Revolución Industrial. Desde este punto de vista el propio Charles Darwin podría aparecer como carente de importancia. Si él no hubiera elaborado su teoría, algún otro habría formulado una teoría similar dentro de los cinco años siguientes. Ciertamente el paralelismo entre la teoría de Alfred Russel Wallace y la de Darwin parecerían a primera vista apoyar una interpretación semejante.

Los marxistas, tal y como yo lo entiendo, argüirían que es probable que haya un "eslabón más frágil" desde el que, bajo tensiones o fuerzas sociales apropiadas, algunos individuos serán los primeros en comenzar el proceso, sin que importe quién.

Pero, desde luego, *si* importa quién empieza el proceso. Si su autor hubiera sido Wallace en lugar de Darwin hoy tendríamos una teoría de la evolución muy diferente. Todo el movimiento cibernético habría ocurrido cien años antes como resultado de la comparación de Wallace entre la máquina de vapor y el proceso de selección natural. O quizás el gran paso teórico habría ocurrido en Francia, evolucionando a partir de las ideas de Claude Bernard quien a finales del siglo XIX descubrió lo que más tarde llegó a llamarse la homeostasis del cuerpo. El observó que "le milieu interne" estaba equilibrado: era auto-corrector.

(10) *Illusions*, Pan Book & William Heinemann, 1977.

Es, así lo afirmo, un sinsentido decir que no importa qué hombre actuó como el núcleo del cambio. *Es precisamente esto lo que hace a la Historia impredecible en el futuro.* El error marxista es un simple desenfoque de clasificación lógica, una confusión del individuo con la clase¹¹.

Hasta qué punto Bateson tiene razón lo justificaré más tarde. Aquí quiero simplemente valerme de su argumentación (sobre que sí importa quién empieza un proceso) para responder a la pregunta que planteé inicialmente: el porqué y en qué es importante para nosotros la obra de Mitxelena. Y es importante comprender la obra y la personalidad de Mitxelena porque él ha sido el núcleo (o el eslabón) aglutinador de un proceso: el proceso que sacó al euskera de su desesperada postración socio-cultural de postguerra e impulsó en ámbitos clave (unificación, educación, cultura) los esfuerzos por su normalización. Esfuerzos que, si aún distan de garantizar su supervivencia (en los términos formulados más arriba) sí han hecho posible que todavía sea posible luchar por su supervivencia. Es cierto que en ese esfuerzo no ha sido el único. Pero es incierto que no haya sido él el aglutinador durante el tramo más difícil del recorrido. Quiénes menos le deben le deben algo de tanta importancia como la conformación de un estándar cultural y el prestigio internacional en el ámbito científico del que dotó a un idioma del que, después de él, ya nadie ha podido decir sin desacreditarse que:

en el sentido que se da ordinariamente a esta palabra, nunca podría llegar a ser una lengua culta¹².

Que sus posiciones y sus actuaciones (fundamentalmente a partir de Arantzazu del 68, o de sus compromisos institucionales a partir del 77) hayan sido contestados por otros euskaldunes relevantes es una prueba irrefutable de que el testigo que durante mucho tiempo y por el tramo más escarpado del recorrido había llevado en solitario lo había conseguido transmitir con plena eficacia a la posterioridad. También es una prueba de que, mucho antes de su muerte, ese testigo —para suerte del euskera, y de su misma obra— estaba ya a buen recaudo en muchas más manos que las suyas.

Bateson tiene toda la razón en que no se debe confundir el individuo con la clase. He explicado en otros lugares¹² la importancia que para una comunidad lingüística tiene el individuo y, en especial, aquellos que hemos llamado sus hablantes completos (*biztun osoak*), es decir:

El núcleo de hablantes (AB/BA) que dotan a su lengua de un desarrollo completo o, correlativamente, aquellos a los que el idioma ha dotado de un desarrollo completo¹³.

Son ellos los que constituyen el espacio simbólico de ese idioma. Como hemos escrito en otro lugar:

Una comunidad lingüística no es la simple suma de sus hablantes completos. Tiene también numerosos hablantes incompletos (infantes, monolingües primarios, adultos no na-

(11) Cf. G. Bateson, *Steps to an Ecology of Mind*, Intertexts, London, 1972.

(12) Es, entre otros, la argumentación de Unamuno. La frase, entrecomillada, pertenece a la exposición que de las ideas de aquél hace A. Tovar en su *Mitología e ideología sobre la lengua vasca*, Alianza Editorial, Madrid, 1980.

(13) Cf. *El espacio bilingüe*, Eusko Ikaskuntza, Burlada, 1981, cap.1.1. pp. 27-41 (bilingüismo y espacio simbólico), y *Un futuro para nuestro pasado*, San Sebastián, 1987, esp. 105.

tivizados). La diferencia estriba en que per se los hablantes completos son el núcleo de la comunidad lingüística y, en virtud de ello, mientras los hablantes incompletos cuentan dentro de su mundo lingüístico como grupo, los hablantes completos cuentan también como individuos. La razón de ésto, que hemos pormenorizado en otro lugar, se comprende con facilidad al recordar que obras tan importantes para el desarrollo de la lengua inglesa, italiana, árabe o maya —por citar sólo unas pocas— como *Hamlet*, *La Divina Comedia*, *El Corán* y el *Popol Vuh* (por no hablar de la traducción por Lutero de la Biblia al alemán) son obras de hablantes completos individuales¹⁴.

Tradicionalmente se ha cifrado la diferencia y superioridad del ser humano con respecto al resto de las especies del mundo animal en rasgos tales como la capacidad de razonar sobre sí mismo, la presencia en él de un lenguaje articulado o, en un sentido más trascendente, la existencia en él del alma. Los dos primeros rasgos son polémicos. Una comunidad de abejas, o de delfines, tiene también un lenguaje común y, en el caso de los mamíferos superiores, no cabe duda de que ese lenguaje conlleva una forma de razonamiento. El asunto del alma no es menos confuso: las doctrinas que profesan la idea de la metempsicosis¹⁵ creen en la existencia de un principio anímico en todos los seres vivos. ¿Acaso no les llamamos animados distinguiéndolos de los otros por eso mismo, la presencia en ellos del ánima? Es cierto que existe una diferencia, pero lo es de niveles (de materia-energía). El hombre está situado en la escala evolutiva en un escalón superior a los mamíferos más desarrollados no tanto por su animación (por su *-gan*, para pensarlo en euskera), cuanto por su individuación, porque en él el alma es individual. O sea, poque además de funcionar como ser social puede tener otro plano imbricado (pero autónomo) de funcionamiento como individuo¹⁶. Y en la presencia de ese otro plano autónomo residen, precisamente, las características que le son específicas: la creatividad y el libre albedrío, características que marcan un ritmo mucho más rápido —y más incierto, porque siempre puede decidir contra sí mismo— en la evolución de su especie.

El hombre está hecho "a imagen y semejanza de Dios"¹⁷ porque sólo él, entre las criaturas de la Tierra, tiene como individuo la posibilidad de ser creador. Es esa alma creadora la que marca la diferencia. Las abejas no son creativas porque son sólo parte de un ente colectivo formado por la suma de unidades que, dentro de sus respectivos rangos, son perfectamente intercambiables entre sí. En la especie humana las unidades no son intercambiables: cada individuo es único y, a su modo, necesario: tanto más necesario cuanto más creativo —y más interiormente libre— sea. Es decir, cuanto más capacidad tenga de hacer fluir ideas y acciones benéficas (animadoras o animadoras) hacia la colectividad.

Por eso el objetivo de la sociedad (y de la educación) debería ser favorecer la creatividad individual en ese sentido co-rresponsable con la Creación: la producción de

(14) "Dialéctica de la Territorialidad", pendiente de publicación.

(15) Es la concepción que defiende la supuesta migración del alma que después de la muerte reencarna en diversas formas corpóreas de seres humanos, animales o vegetales y encamina de este modo su redención en lo incorpóreo. Aparece en el budismo, brahmanismo e hinduismo. Pero también en el pensamiento occidental (p.ej. Platón, los pitagóricos y ciertas formas de espiritismo).

(16) Cf. "Un Futuro..." y "Teoría social de las lenguas y su aplicación a la recuperación del euskera" (*Actas del II Congreso Internacional de Lingua Galego-Portuguesa na Galiza*, AGAL, 1989) para entender ese modelo psicosocial y multidimensional de interpretación lingüística.

(17) Gen. 1, 26.

belleza, la búsqueda de la verdad y la práctica continuada (y consentida) del bien. No hay ninguna coincidencia en el hecho de que las culturas más civilizadas hayan favorecido la libertad y la creatividad individual (junto con el sentido de responsabilidad para fecundar ambas en el cuerpo social), mientras que todos los sistemas "bestiales" —antiguos o modernos— parten del presupuesto de anular al individuo dentro de una masa dócil, estúpida e informe.

Por eso mismo también el objetivo de una comunidad lingüística articulada (para decirlo con su nombre, de una nación)¹⁸, es producir hablantes completos: hablantes con capacidad de producir y transmitir ideas y acciones animadoras, que ponen en juego nuevas potencialidades y posibilidades del idioma.

Si el individuo no tuviera a su alcance esa capacidad creativa, el desarrollo (la vida y la muerte) de las lenguas sería totalmente mecanicista. El hombre estaría haciendo y diciendo lo mismo que hace diez mil años, como probablemente hacen y dicen las abejas. Hay en ello, indudablemente, una seguridad (no estaría poniendo en riesgo la especie y aún la vida planetaria, por su libertad de experimentar incluso con el mal), pero habría también un estancamiento. La conciencia se expande a medida que progresa la experiencia, la percepción y la decisión libremente asumida (por tanto, personal) de hacer el bien: si estos elementos están ausentes, permanecerá bloqueada: quizás el hombre no arriesgue lo que ya tiene (y eso es aún dudoso, pues toda la creación está en movimiento), pero pondrá en peligro lo que aún no tiene, dejará de acceder a todo lo que puede conseguir (que con mucho, es mucho más de lo que haya históricamente poseído). Referido a la vida de las lenguas ¿qué implicaría ello? La ausencia de conciencia lingüística (como un valor dinámico). Si debido a un accidente (una agresión) por parte de una comunidad lingüística rival, la comunidad lingüística de referencia se desestructurara y por tanto, la lengua dejara de transmitirse de un modo completo (esto es, natural y culturalmente) el individuo que heredara, desde el nacimiento, una lengua transmitida incompletamente, no tendría la menor oportunidad de completarse en ese idioma y de este modo no habría salida alguna a la sustitución y exterminación lingüística una vez consumada la desarticulación.

Pero es porque el hombre puede siempre —con esfuerzos proporcionales a cuál sea su situación de partida— "poner toda su carne y su sangre", su cuerpo y su alma en el asador, por lo que ciertos hablantes fabricándose voluntariamente unas condiciones excepcionales pueden completarse antes que la comunidad lingüística y eso los hace depositarios de la voluntad de ser del idioma sojuzgado al tiempo que permite su desatamiento o liberación.

El idioma no existe al margen de los sujetos que lo hablan y lo piensan, pero los individuos adquieren la capacidad de pensar (sobre sí y sobre el mundo) y de hablar en virtud del idioma. Es ésta la correlación que los axiomas fundamentales de complementariedad evidencian perfectamente. Los volveré a formular aquí:

1.^{er} axioma-. Sin nosotros el lenguaje no existe. Pero sin el lenguaje nosotros tampoco existimos.

(18) Definida en estos términos: "comunidad lingüística natural con una voluntad de ser que se concreta en la exigencia de un poder político propio y suficiente que garantice su poder lingüístico, es decir, sus mecanismos de reproducción". Cf. nuestro "La realidad y la ley" (Imprecor, 90-91) y "La Dialéctica...".

2.^{do} axioma.- Cada quien ocupa un lugar en la lengua que es, exactamente el lugar que la lengua ocupa en él.

3.^{er} axioma.- Cada quien realiza unas posibilidades de la lengua que son, por cierto, las posibilidades que en él la lengua realiza.

4.^{to} axioma.- Nosotros somos importantes para la lengua cuando la lengua es importante para nosotros¹⁹.

Por tanto, cuando para alguien un idioma (su desarrollo, supervivencia y permanencia) ocupa un lugar central, él pasa a ocupar un lugar central en la vida de ese idioma. Cuando un sujeto hace el esfuerzo de expresar en ese idioma, pongamos por caso, la teoría de conjuntos o las nuevas corrientes de la lingüística, es el propio idioma el que adquiere a través de él la capacidad de expresarse en tales ámbitos de ideación. Y en fin, porque la lengua es muy importante para él, su esfuerzo es muy importante para la lengua.

Lo anterior son las coordenadas que permiten situar, con bastante precisión, la importancia de Mitxelena (y la de cualquier otra persona) para la lengua vasca. Y si su importancia es enorme no es sólo por lo enormemente importante que fue el euskera para él sino (y sobre todo) porque él hizo el enorme esfuerzo de completarse en euskera para poder expresar desde él las inquietudes científicas y humanas de un intelectual de primera línea en el mundo de nuestro tiempo y de este modo hizo al euskera simultáneamente capaz de convertirse en instrumento de expresión de esas inquietudes para toda la colectividad.

Porque el bagaje intelectual y cultural de Mitxelena, así como su experiencia vital, eran bastante complejos y bastante representativos de lo que el siglo en el que vivió podía dar de sí y porque él puso al euskera a la altura de ese bagaje, se entiende ahora algo que sin ello no se entendería jamás: el carácter nuclear que a partir de cierto momento su obra y su pensamiento tendrían sobre la vida del idioma.

Me referiré en especial a un hecho, la unificación o, más concretamente, el modelo de estándar (Euskera batua) que él impulsó y que es el que, hoy por hoy, ha acabado imponiéndose.

Mucho se ha discutido sobre si el modelo, basado en el guipuzcoano con ciertas adherencias navarro-labortanas era el más apropiado (o el más justo a la vista de la realidad demográfica de la comunidad euskaldún) para establecer desde él la normalización. Para poder aportar cierta clarificación al tema se hace preciso prescindir de numerosos aspectos colaterales que inciden sobre el asunto y dificultan la clarificación: el modo tan expeditivo del imponer la unificación, atenuable, sin duda, por las circunstancias socio-políticas del momento concreto en que decisión y acción de unificar se adoptan; los términos tan peregrinos, desconcertantes y frustrantes a los que se llevó la polémica, por ambas partes, neutralizando en una polémica caínica energías que el idioma necesitaba amalgamadas en un esfuerzo común, y privando a cada parte (y con ello a la propia estructura social que sostenía el idioma) de ver e in-

(19) Cf. "La nueva sociolingüística y la ecología de las lenguas", *Homenaje a Angel Irigaray*, Eusko Ikaskuntza, San Sebastián, 1985. La lista no es una lista cerrada. Los "hiztun osoak" de AED, p.ej. incluyen en ellos, como quinto axioma el derecho de cada lengua a ser en su territorio lengua completa de su comunidad lingüística (cf. "Un futuro...", pp. 301 y ss.).

tegrar la parte de razón que tenía el adversario²⁰. Unido a todo ello la polémica evitó ver y aclarar, antes que ciertas decisiones atropelladas provocaran defecciones dolorosas hacia el idioma, el tema que correctamente enfocado, habría permitido el encuentro entre los dos sectores implicados: a saber, la delimitación del ámbito de uso que debe de tener un estándar dentro de una comunidad lingüística normalizada y el que le correspondería a los diversos dialectos horizontales. He expuesto mi opinión sobre este tema en otros lugares, a la luz de la teoría de los espacios²¹, tema sobre el que Koldo Zuazo ha hecho recientemente contribuciones muy importantes²². También es importante aclarar de una vez por todas que a menos que las condiciones de transmisión y uso del euskera no se recompongan de acuerdo a unas coordenadas perfectamente formalizables (y formalizadas), el principal dialecto que actuará en favor de esa unificación y contra el espíritu genuino del idioma será el ya unificado castellano de Euskadi Sur. Pero estos aspectos aparte, nadie cuestiona ni duda de la necesidad que el euskera tenía de acceder a un registro estándar desde el que acometer la recuperación de numerosos déficits funcionales (educación, administración, mass-media, entre otros) absolutamente vitales para garantizar su supervivencia.

Es una evidencia que salta a la vista la coincidencia que existe entre el modelo de batua propuesto por Mitxelena y su lugar de origen (Rentería) situado en una zona fronteriza entre esos tres dialectos base de la unificación. Lo que quiero aquí resaltar es la necesidad de que esto fuera así, y aún, el mérito de congruencia al hacerlo de tal modo pues hubiera sido absurdo que Mitxelena se hubiera abstraído de su propia experiencia (y esfuerzo personal de completamiento) a la hora de socializar su trabajo. Hizo lo mejor que pudo hacer (y aun cuando sea legítimo el cuestionarse el cómo): ofrecer para otros lo que previamente había conseguido para sí mismo, con efectos de indudable garantía como se comprueba leyendo la elegantísima prosa del renteriano expresando en euskera los temas más dispares²³.

Si la comunidad lingüística euskaldun (sus fuerzas sociales) hubiera estado madura para la unificación en la época de Azkue o de Altube y cualquiera de estos hubiera ganado la capacidad de expresar esa especie de síntesis de cultura occidental (clásica y moderna) de su tiempo en euskera, el modelo razonable de estándar habría sido muy otro. Gentes como Leizarraga²⁴, o como Axular, se completaron lingüísticamente en

(20) El análisis de los discursos sociales en torno a la lengua durante las últimas décadas, tema de enorme importancia para lograr una percepción armonizada de nosotros mismos asumiendo, para no repetirlo, un pasado en el que no ha faltado el encono y el desbarre, ha sido acometido con gran madurez crítica por Koldo Zuazo. Cf. p.ej. "Euskaldunek euskalkien ganako izan dituzten jarrerak" (ASJU XXI-3, 1987; "Euskararen batasunaz gogoeta zenbait" (*Jakin*, zbk. 99-121). "Euskara batua: aitzindariak eta beste" (*Euskera* XXXIV, 265-272), "Euskara ote da bizkaiera", *RIEV* XXXIV, pp. 75-90, "Vingt ans de standardisation de la langue basque" *Lengas*, 26, 1989, 25-44. Sobre el tema específico de la influencia de Mitxelena en la unificación cf. "Koldo Mitxelenaren ekarria euskararen batasun bidean" (*Egan*, XL, 1987, 3-6.zb., 155-181). De especial interés es su tesis doctoral, que es el estudio más completo realizado hasta la fecha sobre el proceso de estandarización del Euskera. Cf. *Euskararen batasuna*. Iker-5, Euskaltzaindia, Bilbo, 1988.

(21) Cf. *El espacio bilingüe* y "La diglosia, concepto graduativo" (recogido en *Un futuro* pp. 343 y ss.).

(22) Cf. nota 20 supra.

(23) Digna de elogio es la edición de sus artículos realizada por la Euskal Editoreen Elkarte, en la colección "Klasikoak", nn. 21-29.

(24) de Briscous.

euskera en su tiempo y podrían, a su vez, haber condicionado sobre la base de su propio trabajo lingüístico un modelo muy distinto de unificación. Pero las condiciones sociales necesarias son dos: un factor de *madurez* social (capacidad de incidencia dentro de la comunidad lingüística de sus hablantes más aptos correlativa e inseparable a la capacidad de recepción por parte de ésta de los esfuerzos individuales más útiles y beneficiosos), y un factor de fertilidad personal (acción creativa, que a su vez siempre se propicia mediante el estímulo social: la capacidad de sensibilización de un hablante completo hacia las necesidades reales de su comunidad lingüística). Ha sido en la época de Mitxelena cuando ambos factores se han conjugado, por fin y por mérito de ambas partes. Y el vástago fue el más natural que las condiciones permitían. Todo lo demás habría sido una fecundación *in vitro* de muy incierto resultado.

Para insistir con un símil que me parece feliz. La comunidad es el óvulo que debe ser fértil, y estar en condiciones de madurez para poder ser fecundado (fertilidad y madurez que las producen las necesidades y los trabajos conjuntos de todos sus hablantes). Pero para producir una nueva vida (abrirse a nuevas posibilidades no realizadas históricamente: en este caso la expresión de la cultura europea del siglo XX, con sus hallazgos y sus limitaciones, a través de un estándar cultural) necesita la fecundación de un espermatozoo (el individuo aislado, el hablante completo), asimismo fértil (creativo) y maduro (que haya ido por delante, que haya incorporado con antelación para sí las nuevas funciones). En un momento histórico del tiempo, cuando el óvulo está preparado y para el hablante individual la vida de la lengua se convierte en el centro de su vida, son varios (normalmente muchos, pero en cualquier caso una exigua minoría dentro del conjunto) los individuos que inician el camino, pero sólo el que primero llega fecunda el óvulo. En el hijo que saldrá de ahí (la adaptación del idioma a una nueva función histórica) habrá mucho de la madre (de todo el conjunto de la comunidad), mucho de sí mismo (cada vez más, en la medida en la que adquiera entidad independiente), pero el individuo que primero llegó (después de madurado el óvulo) le habrá imprimido, quizás para siempre, su sello propio. Y la Lengua se lo agradecerá porque la libró de una esterilidad que pesaba sobre ella como la mayor de las amenazas. Koldo fue, para el euskera contemporáneo, ese individuo. Si entendemos el mérito de su paternidad tal vez podamos comprender ciertos complejos latentes, de una y otra parte, con la misma raíz y signo distinto, y podemos, por fin, perdonarnos el no haber contribuido a aclararle, cuando la criatura era ya adolescente, que tenía perfecto derecho a una vida independiente, libre de la excesiva tutela paterna.

III

He respondido hasta ahora a la pregunta inicial de las planteadas, cuál es la importancia de Mitxelena para el euskera. Todavía quiero antes de callar, sobre un tema que aún provoca reflejos muy diversos, tratar de contribuir a responder a estas otras dos: ¿qué es lo que su obra consolida y qué es lo que deja pendiente de resolver?

La primera de ambas preguntas es la que me parece la más sencilla de responder: la obra de Mitxelena consolida para el euskera (y para la cultura vasca en general) la madurez crítica.

Bronowsky ha escrito que:

El dilema humano tiene dos partes. Una es la creencia de que el fin justifica los medios. Esta es la filosofía de pulsar el botón que deliberadamente hace oídos sordos al sufrimiento y ha llegado a ser el monstruo de la maquinaria bélica. La otra es la traición del espíritu humano: la afirmación del dogma que cierra la mente y convierte a un estado o una nación en un regimiento de fantasmas: de fantasmas obedientes o de fantasmas torturados²⁵.

Mitxelena ha aportado a la investigación del euskera y desde el euskera una ética en la que el fin no justifica los medios. Sería más justo decir que en el terreno que previamente había acotado como científico insistió siempre sobre la validez y la legitimidad de los medios allí donde lo que prevalecía era la discusión sobre "el fin". En un mundo en el que lo que ha privado han sido las discusiones sobre las soluciones finales parece haber pensado con Schumacher que

En la vida actual la única solución final es la muerte²⁶.

Y que

en el trabajo constructivo la tarea principal es siempre la restauración o algún tipo de equilibrio²⁷.

Es por eso que su lección mejor dada está siempre sobre la virtud de los medios que eligió para llevar adelante su trabajo científico. Y sus medios son ejemplares: una sed insaciable de información, una curiosidad abierta a todo, una renuncia a la propia comodidad —forjada en una capacidad extrema de sacrificio, incluso en decisiones personales en las que muchos habrían tomado *the path of least resistance*—²⁸, una investigación y observación rigurosa sobre los hechos, una puerta siempre abierta a la duda y al error, una exigencia extrema consigo mismo, una insatisfacción permanente sobre los resultados, una incorporación de las aportaciones más diversas, la duda metódica con un método indudable, esto es, libre de toda sospecha, y una gran humildad y generosidad (consustanciales a su talento) para poner en manos de otros los que siendo para él "simples dudas bien establecidas" aquellos con métodos más expeditivos sentirían la tentación de hacerlas pasar por artículos de fé.

De lo que llevo dicho se desprende cuál fue en el terreno científico su opción ante el segundo de los dilemas al que se refiere Bronowsky, el dogma que cierra la mente o la duda (y con ella la verdad relativa) que abre al espíritu a la indagación, a la permanente búsqueda. El contexto político e intelectual en el que se desenvuelve gran parte de la vida del renteriano y del que él, hasta tras las rejas ominosas e injustas de la prisión hará todo lo posible por escapar, es el de un asfixiante dogmatismo.

Me refiero no sólo al dogmatismo de la España oficial de la postguerra, también al dogmatismo clerical, tan dominante en la cultura vasca por razones históricas bien establecidas, en el que las fantasías predominaban sobre la indagación y las teorías sobre la observación meticulosa de los hechos. En este contexto el contribuyó con

(25) *The Ascent of Man*, Futura, London, 1981.

(26) *Small is Beautiful*, Abacus, London, 1974.

(27) *Ibidem*.

(28) "El camino más fácil" o la "ley del mínimo esfuerzo", ley fonética que le era de sobra conocida, y que consigo mismo se negó a practicar. Un buen perfil biográfico sigue siendo el de E. Ibarzabal: *Koldo Mitxelena* Erein, 1977.

otros prohombres de la Euskadi de las catacumbas, a la tarea gigantesca de adaptar al pensamiento moderno no sólo la cultura vasca, sino la euskaldun, dándole al euskera como objeto de estudio y como instrumento completo de expresión una dignidad enorme. Y es esa una deuda que todos los euskaldunes y todos los vascólogos tendremos siempre con él. Sin hacer apologismo de euskera —campo en el que ni su talento pragmático y relativizador ni su talento escéptico ante las veleidades del sentimiento se habrían sentido cómodos— Mitxelena demuestra que el euskera sirve para el mundo actual (¿sirve, en cambio, el mundo actual para el euskera?)²⁹ sirviéndolo y sirviéndose de él con una elegancia tal que a veces oculta el cuidado escrupuloso y la barroca elaboración a la que lo somete. Tendremos que esperar a que Euskadi utilice el euskera con normalidad para poder valorar en su justa medida, cuando ese esfuerzo pueda llegar a socializarse, el larguísimo y nada fácil camino que en eso que se ha dado en llamar “la normalización del corpus” Mitxelena recorre para el idioma. Y comprenderemos además que ello se hace posible porque concurren en él una serie de condiciones de muy difícil y fortuita reproducción en un solo individuo: un profundísimo conocimiento de los textos vascos (y, mediante ello, de la historia de la lengua), una formación lingüística de primera línea, un bagaje científico y humanístico, clásico y moderno, en el que conviven los rhemas más ancestrales con las inquietudes (cine, novela policíaca) más actuales. Y *last but no least*, una experiencia humana muy rica, no exenta de dramatismo, en la que parecen haber coincidido todos los condimentos de la penalidades y las satisfacciones que han afectado al europeo medio a lo largo del siglo (guerra, prisión, clandestinidad, progresión intelectual, labor callada y constante, reconocimiento social y responsabilidades públicas). Esto le permite crear para el euskera un espacio mental de múltiples posibilidades dentro del cual cualquier euskaldún medio podría moverse y asomarse sin complejos si se dieran las condiciones para ello, si se hiciera posible que este trabajo lingüístico (y el de sus predecesores, coetáneos y continuadores) revirtiera socialmente.

Creo que estas condiciones todavía no se dan. Y eso es precisamente lo que la obra de Mitxelena deja por resolver.

Qué parte de responsabilidad le corresponde a él en ello es difícil de determinar sin aclarar muchas otras cosas y, sobre todo, sin delimitar correlativamente la parte de responsabilidad que nos toca a los demás, y en especial a quienes se sientan sus continuadores.

Con respecto a él es quizás el momento de poner el dedo en la llaga de un periodo (77-87) que muchos recuerdan en sus relaciones con él como un proceso áspero y penoso. Y es que el Mitxelena que hemos descrito no es el “all Mitxelena” que todos recuerdan. El perfil trazado resultará tan entrañablemente familiar a los que le conocieron en las aulas salmantinas, o en el magisterio humilde de su paso y de su prosa, como extraño a los que se toparon con él en las lides dialécticas de las decisiones públicas y políticas de la Euskadi postfranquista. Para quienes lo conocimos en dos tiempos y dos espacios distintos ha de resultar parcial, incompleto y adversativo. Y no nos reconciliaremos con nuestra memoria a menos que no podamos integrar en una sola visión esas dos imágenes superpuestas.

(29) Cf. lo que sobre esto exponemos en “El poder y las lenguas”, *Herria-2000-Eliza*, n.º 110.

Para hacerlo debemos empezar por entender que la personalidad de Mitxelena era, como la de tantos grandes hombres, poliédrica. Convivían en él, entre otros, el sabio benedictino, el fino humorista chestertoniano, el exacto y puntilloso matemático, el conversador mundano y encantador, el novelista frustrado, el apasionado cinéfilo, el boxeador amateur. Y tal vez formando una amalgama con el boxeador amateur, el político.

Cuando se produce su regreso público, notorio y oficial a Euskal-Herria es al sabio benedictino a quien aclaman unánimemente las multitudes con la esperanza quizás de que repita con la feligresía el milagro que ha hecho con el idioma: el de su unificación. Pero un idioma es más dócil que una muchedumbre enfervorizada por opciones políticas muy diversas y, en ciertos casos, incompatibles; había producido el euskera en sus muchos siglos de historia muchos menos dialectos que partidos políticos engendró Euskadi en menos de un año; y, en fin, hay ahí también algo del principio de Peter, en el sentido de que un cirujano genial puede alcanzar su nivel de incompetencia como gerente hospitalario³⁰. Porque los métodos que funcionan en el quirófano suelen ser contraproducentes en el despacho del administrador. Y si es prudente (y hasta justo) unificar el idioma sobre la base del dialecto propio, es imprudente (y hasta injusto) querer unificar al País, plural como es, sobre la base y el monopolio en la cúspide del propio partido. Hay hoy todavía en el País demasiadas cosas que se resienten por eso. Es cierto que hay que decir en su descargo que si en la primera operación fue el cirujano máximo, en la segunda es un simple ayudante de un equipo multidisciplinario que obedece a una estrategia más amplia. Es cierto también que Mitxelena viene a cargar con responsabilidades máximas e inusitadas cuando menos precedentes válidos existían, esto es, cuanto menos era lo que estaba hecho y más lo que estaba por hacer. Es cierto que es el tiempo en que los vientos en tránsito por el País soplan con más fuerza, huracanados o racheados, reveladores indiscretos de travestismos súbitos e identidades sospechadas. Es cierto que respetable como es su decisión (y con elementos tan admirables como el valor y el espíritu de aventura), una vez que decide arrostrar cargos y cargas muy incómodos queda de súbito al descubierto, como sparring en el punto de colisión de todos los vientos. Vientos capaces de helarle a cualquiera el corazón. Y en su caso vientos capaces de helarle el humor al humorista, la paciencia al benedictino, las teorías al científico, los cálculos al matemático y el argumento al novelista. Sólo el político podía mantener a un hombre de su sensibilidad contra el viento y marea, contra el viento de unas tensiones de un voltaje insoportable y la marea de una salud endémicamente renqueante. Pero ni siquiera un político cualquiera puede permanecer en semejante ring sin tirar la toalla: per force ha de ser uno fajador, con mucho más de gudari corajudo y algo dinamitero que de hábil y perestroiko diplomático. Todas esas certezas las reconocemos.

Y reconocemos también que es muy difícil medir con la vara del desencanto actual los niveles de tensión factual de aquel entonces. Pero eso no quita un ápice para que también reconozcamos que instituciones que se cocieron en aquella ebullición (de la que él no fue un alma ausente) en torno a afinidades muy primarias, todavía

(30) Cf. sobre el "principio de Peter" la ed. de Tribuna de Plaza & Janés, 1989.

hoy tienen más de escuelas de estrategias militares que de escuelas diplomáticas, más de emboscadas vietnamitas que de foros peripatéticos.

Esto dicho, creo que queda dicho también implícitamente la responsabilidad que nos corresponde a los demás para continuar su obra. Y a los demás nos corresponde casi toda por algo que he dicho más arriba y que resaltaré a continuación: que la inteligencia del discípulo está en imitar el espíritu más que la letra, y con respecto a la obra de un hombre que luchó durante gran parte de su vida por rescatar al pensamiento vasco de un asfixiante e inmovilizante dogmatismo el espíritu digno de imitación está en la permanencia de una actitud de distancia crítica con respecto a nosotros mismos, en el esfuerzo de continua indagación, y en la conciencia de las limitaciones personales y sociales que restan por superar; mientras que la letra está en las actitudes intransigentes (hacia los otros) y autocomplacientes (hacia el propio grupo) que contradicen este sentido, aun cuando el maestro cayera, como profundamente humano que era, alguna vez que en otra en esta contradicción. Se equivocan, en mi opinión quienes tomando legítimamente a Mitxelena como maestro, en lugar de imitarlo en su anticonvencionalismo y en sus esfuerzos y aspiraciones más nobles lo utilicen como una especie de guru parroquiano para acabar a sangre y a fuego con cuantos disientan de que el maestro es el único digno de imitación. La historia ha dado ya demasiado ejemplos de insensateces semejantes. Hora es de honrar a nuestros predecesores conteniéndonos en sus excesos y excediéndolos en sus virtudes como ellos intentaron hacer con los que les precedieron.

IV

La realidad de un idioma la forman sus dos ejes complementarios que son su naturaleza y su existencia. Normalizar un idioma es ponerlo sobre sus ejes. O sea, normalizar su naturaleza: adaptar la lengua a la expresión de nuevas necesidades; y normalizar su existencia: conquistar espacios de uso en los que el idioma es deficitario. Eso, en suma, que con una jerga "made in usa" que no me resulta especialmente simpática se ha dado en llamar "normalización del corpus" y "normalización del status". La normalización del corpus es, en realidad, normalización de la percepción. La normalización del status, a su vez, cuando es algo —y no una mera etiqueta vacía de contenido— es *simultáneamente* normalización del uso y de la motivación (ninguno de ellos es suficiente sin el otro para normalizar el status).

Cuando se intenta recuperar un idioma normalizando sólo su corpus el proceso resbala irremisiblemente: sería como querer curar a una persona enferma psíquicamente por unas condiciones de trabajo que le han hecho perder el sentido de la realidad y la ilusión de vivir obligándola a aceptar la inevitabilidad de ese trabajo. O como querer curar el hambre en Etiopía mandándole fotos a los etíopes de las reservas de mantequilla acumuladas en los frigoríficos de la CEE. No voy a explicar ahora por qué esto es así, pero voy a poner en evidencia alguno de los sitios-clave en los que esto es así. Instituciones de tanta importancia para la normalización del euskera como Euskaltzaindia, la Universidad Pública Vasca o el Consejo Asesor del Euskera (por no hablar del propio Gobierno Vasco, donde la (pre)ocupación hacia el euskera sigue siendo secundaria) se mantienen aún hoy como instituciones en las que la post- y

pre-ocupación hacia la "naturaleza del idioma" priva con mucho sobre la pre- y post-ocupación hacia su misma existencia. Para decirlo de otra manera, en las que la carga y la vitalidad de la filología es dominante, y la ausencia de la verdadera sociolingüística³¹ hiriente y vergonzante en un país cuyo problema medular es la recuperación social de su idioma³². Esto crea un enorme 'gap' o fosa entre estas instituciones y los sectores más dinamizados de la colectividad euskaldun que viven —como es natural— obsesivamente la preocupación por el creciente aislamiento social del idioma³³. Y ante el silencio o la ausencia de solvencia en el tema de las instituciones encargadas de velar por la normalización del idioma se ven en la tesitura de tener que hacer un trabajo que, en otras condiciones, sólo les correspondería en parte*.

Pero volvamos al hilo del asunto. Es obvio que Mitxelena, aunque no el único, ha sido el artífice principal o, si se prefiere, el director de orquesta, en la normalización del corpus. Es obvio también que, merced a ello, su peso e influencia en las instituciones citadas ha sido decisivo. Puesto que creo haber respondido a la pregunta de por qué es imposible animar a un idioma sólo a partir de su corpus (de su cuerpo) la pregunta a responder ahora es qué influencia haya podido tener Mitxelena en la administración a tales instituciones de una dosis tan elevada de anestesia hacia el enfoque complementario de la normalización, hacia esa parte del organismo que llamaré, por darle el nombre con que se la conoce, sociolingüística. Porque de lo que no cabe duda es de que la anestesia ha sido tan eficaz que una tras otra tales instituciones se han ido fascinando con la toponimia y la ortografía (temas respetables donde los haya) mientras han ido paralizando sus reflejos ante cualquier estímulo relacionado con la recomposición de un uso social suficiente capaz de garantizar la supervivencia del euskera y con ella la normalización de la propia percepción. La situación anormal está tan generalizada que ya hemos acabado dando por normal el silencio sistemático de Euskaltzaindia, la Universidad (o, para ser más preciso su débil rama/dúplex euskaldún) o el Consejo Asesor del Euskera en temas tan poco toponímicos como el proyecto de *Egunkaria*, la decisión de los ayuntamientos monolingües vascos, o la implantación escolar de uno u otro modelo lingüístico, por citar unos pocos ejemplos.

Así que, incómoda como es, la pregunta no es impertinente, porque se trata de evitar el que, amparados en su sólido y merecido prestigio, otros se aprovechen para

(*) [No sé si se ha reparado en ello, pero uno de los aspectos de la normalización consiste en que los que hacen el trabajo cobren por ello, y los que cobran por ello hagan el trabajo. No me parece normal que la sociedad dé por sentado que aquellos a los que ha confiado el tiempo, la preparación y los medios económicos para hacer algo, sean incompetentes para efectuarlo. Y a continuación se siente a la espera de algún héroe que preparándose por su cuenta y riesgo, hurtando el tiempo a su descanso y haciendo voto de pobreza cuando no de mera supervivencia se lance a la azarosa aventura de justificar las horas y las nóminas que consumen los primeros. Es a través del restablecimiento de cosas tan inmediatas y cotidianas como se va sacando a un país de la histeria.

Ha habido en el País toda una inercia en este sentido, especialmente en el área humanística, de la que ingenuamente se ha dicho que no servía para nada. Lo que en su tiempo acaeció a Mitxelena en el área de la investigación lingüística —que "contra todo pronóstico" Euskal-Herria le parará el gol a la historia gracias a la preparación, el heroísmo y la generosa utilización de los limitados recursos económicos de su improvisado portero—, todavía hoy ocurre en temas, como el del medio-ambiente, o la planificación lingüística.]

(31) Cf. nota 9.

(32) Y sobretodo lo cual existe además la motivación, percepción y movilización correctas.

(33) En los "eztabaida-taldeak" de los estudios sociolingüísticos (como el realizado recientemente por Siadeco sobre Bilbao) esta es una de las aspiraciones que con más regularidad aparece entre hablantes de las distintas tipologías lingüísticas.

consumar el divorcio hoy existente entre instituciones normalizadoras y los sectores más motivados de la comunidad euskaldun, con daño para toda la comunidad lingüística.

Toda insistencia tiene su razón dialéctica en una resistencia previa. Mitxelena combatió la "ideología universal de gigantismo"³⁴, forjando su pensamiento en la época en que las teorías de la superioridad racial por derecho de sangre y las unidades de destino hacia lo universal por derecho de guerra hacían estragos entre sus congéneres, y lo hizo insistiendo en la armas que estaban a su alcance: la virtud de la información amplia y de primera mano, la observación minuciosa, la recolección y comprobación de los hechos, el establecimiento de conexiones multidisciplinares, la conciencia humilde de las limitaciones y la manifestación lúcida de las contradicciones. Por el esfuerzo que le tocó hacer y el tiempo que le tocó vivir sentía una especie de aversión visceral hacia lo que podríamos llamar "las teorías de amplio espectro". Por eso no ocultó nunca su falta de entusiasmo hacia la sociología. No es que él no tuviera "teorías de amplio espectro". Es difícil que nadie pueda vivir sin ellas, mucho menos nadie de su ambición intelectual. Es que vivió el *schiasm* o la escisión de su época (que en este país aún es la nuestra) entre una esfera de convicciones indemostrables (*bizkuntzaren bizitza hor barne*), objeto de política, y otra de explicaciones demostrables objeto de la ciencia. Dentro de este planteamiento a él, como a muchos otros, la sociología se le aparecía sospechosa de pretender infiltrar lo subjetivo en el coto científico de lo objetivo. A eso ha podido contribuir, es verdad, el que todas las infiltraciones de ese tipo han buscado de un tiempo a esta parte semejante disfraz. Pero ¿acaso no se disfraza toda propaganda de dentíficos de prescripción facultativa de odontólogos, y toda la propaganda de detergentes biodegradables de sesuda información biológica sin que ni una ni otra hayan mermado el prestigio de la odontología y la biología? No lo vió así.

Y Mitxelena, demasiado inquieto para permanecer inactivo en ninguno, se movió en los dos campos. En uno con toda la fuerza de sus convicciones y todo el magma de sus explosiones. En el otro con toda la fuerza de sus deducciones, y la paciente sedimentación de sus observaciones, informaciones y comprobaciones.

No sé si nunca se le ocurrió que ambas fueran susceptibles de un punto de encuentro o, para continuar la metáfora, que como en el caso de los archipiélagos volcánicos, la fuerza constructiva del interior y la fuerza erosiva de la naturaleza pudieran armonizarse para crear una realidad de belleza única. Es más, es en piélagos como el de la política lingüística donde por definición están destinadas ambas a armonizarse.

Es el paso que no se atrevió a dar. Y en conjunto, si sería el primero en evitar culparle por ello viendo la audacia y el heroísmo que exhibió viviendo como vivió lo que vivió y luchando desde su corpulencia trabajosa contra los gigantes contra los que luchó, sería también el último en querer recular hacia atrás por no contar, para vencer mis miedos, con el precedente de su internada.

Porque hoy las resistencias son muy otras, como ya lo eran en los últimos años de su vida terrena. Hoy la resistencia está en que merced al exceso de talentos mucho menos agudos, sagaces e informados que el suyo hemos confundido lo científico con

(34) La frase es de Schumacher, op. cit.

la minucia, con el detalle, tachando irresponsablemente como acientífico, utópico o grandilocuente todo aquello que comporte idea alguna de valor, pretensión alguna de interpretación comprensiva e interdisciplinaria de la realidad³⁵. Hoy el problema es que el científico ha dejado vacío en el centro, vacío de convicción alguna (ni siquiera subjetiva), el espacio de la conciencia, renunciando al telos, a la finalidad, y quedando a merced como ha escrito N. Keppe³⁶ de la tiranía del poder económico. Hoy el problema es que, como ha escrito Schumacher:

Puede haber poca duda de que la humanidad esté en peligro mortal, no porque andemos escasos de conocimiento científico y tecnológico, sino porque tendemos a usarlo destructivamente, sin sabiduría. Y más educación solo nos servirá en la medida en que produzca más sabiduría³⁷.

Por eso el problema de hoy es superar la escisión y llevar la ciencia a los problemas de la conciencia³⁸ (y viceversa). De modo que:

La tarea de nuestra generación es la reconstrucción metafísica. No es que tengamos que inventar nada nuevo; al mismo tiempo no es lo suficientemente bueno revertir las viejas formulaciones. Nuestra tarea —y la de toda la educación— es comprender el mundo actual, el mundo en el que comprendemos y hacemos nuestras opciones³⁹.

La normalización de una lengua requiere, inevitablemente, normalizar las ideas sobre la lengua (a la postre sobre el lenguaje humano, lo que es decir sobre el hombre mismo, axioma 1.^o)⁴⁰. Pero ¿cómo normalizar las ideas sobre la lengua sin tener una idea de lo que es normal, es decir, sin optar por una —entre las posibles actitudes— ante la realidad de la que la lengua es arte y parte? ¿Cómo establecer lo que es bueno para el idioma sin determinar explícita o implícitamente lo que es bueno para el hombre que expresa el idioma y se expresa a través del idioma?

La “normalización del status” no puede hacerse extrapolando el método acumulativo de datos que requiere la normalización del corpus. Las hipótesis de trabajo que gobiernan a ésta, son incapaces de producir una sola idea a través de las cuales podamos vivir y hacer vivir un idioma.

Así pues, hoy el desafío, la aventura, el reto, el anticonvencionalismo, el problema y la insistencia, es unir y globalizar. Creo, como muchos otros, que eso es sólo posible

(35) Coincido con mi amigo y colega el sociolingüista catalán Vicent Pitarch en que el sistema intenta descalificar como “ideologización” por un lado y “moralización trasnochada” por otro, cuanto no se limita a una mera constatación de la situación social, que el propio sistema induce a través de la manipulación de la psicología de masas.

(36) Cf. *Liberation of the People*, Proton, 1986.

(37) Op. cit.

(38) Ya Rudolf Bahro, desde la perspectiva crítica de izquierdas escribía en su *Cambio de Sentido* (Ed. española HOAC, Madrid, 1986) que: “A mi juicio cristianos y marxistas, y no sé en qué medida podrían participar radicales liberales deberían formar una comunidad firme contra la ideología dominante de la época burguesa, contra el positivismo. Esta filosofía pseudomaterialista de la idolatría, que tiene su reducto en el espacio vacío de sentido de la ciencia y la técnica pretendidamente libres de valoraciones y su templo más grande en los parques de computadoras de gobiernos, monopolios y bancos, es el enemigo común. Y sólo podremos con él si logramos una fusión de los mejores elementos de nuestros proyectos de emancipación. Se trata de algo más que del “diálogo”, y no sólo una “alianza”. Se trata en el fondo de un concepto que es al mismo tiempo utopía social concreta y también fe política trascendente”.

(39) Schumacher, op. cit.

(40) *La nueva sociolingüística...* loc. cit.

poniendo en el centro un discurso ético, que actúe como cohesionador de las distintas perspectivas parciales, del que todo lo demás sean como "rayos emanados de un mismo sol". Un discurso basado en los mismos principios que propagan y protegen la vida en cualquiera de sus formas (sea de un idioma, de la especie humana, de la vida planetaria) y, por tanto constituido por

nuestras convicciones básicas, las ideas que tienen el poder de movernos⁴¹.

Un discurso que rescate al trabajo científico de su carácter banausico⁴² porque lo dota inmediatamente de una finalidad.

Si ese discurso no existe, tenemos que crearlo. Si existe, debemos buscarlo, encontrarlo y aplicarlo. En cualquier caso, es así como me parece a mí que estaremos manteniendo vivo el espíritu y garantizando la continuidad de la obra de un hombre que, como los que le precedieron en la cadena de los siglos, quedará para siempre en la memoria de su pueblo por la generosidad, inteligencia y diligencia con la que se entregó a superar los límites colectivos haciendo posible para nosotros un camino más corto y unos retos distintos a los que él logró superar.

(41) Schumacher, loc. cit.

(42) En el sentido que le da Gillo Darflès: *El intervalo perdido*, Lumen, Barcelona, 1984.